

+

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

.....

# Castilla y Cataluña

MADRID-BARCELONA

1919

IMPRESA Y LIBRERÍA VIUDA DE MONTERO. FERRARI, 4 Y 6. VALLADOLID

G 49766



A Zacarías Urea de cuyo cargo y  
cuyo nombre Noyis

CONFERENCIA  
LEÍDA POR SU AUTOR  
EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1918  
EN LOS SALONES DEL CÍRCULO MERCANTIL  
DE PEÑARANDA DE BRACAMONTE

12

T. 1354939  
C. 2182614 J



JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

\*\*\*\*\*

# Castilla y Cataluña

MADRID-BARCELONA

1919



IMPRESA Y LIBRERÍA VIUDA DE MONTERO. FERRARI, 4 Y 6. VALLADOLID

Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.  
Derechos reservados.

A mi amigo el doctor

Enrique Nogueras,

criado en Cataluña y recriado en las  
Castillas, cordialmente dedica estas  
breves páginas de lucha,

EL AUTOR.

Alba de Tormes, 22 de Enero de 1919.





«...la Castiglia, che vi resta appunto nel mezzo, è infelicissima, e tutte le altre provincie, trattane la sola Andalusia, sono non solamente esauste, ma desolate...»

(FULVIO TESTI, informe al Duque de Módena, 5 Febrero 1641. Documento citado por B. CROCE, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, 1917. Págs. 251 y 252 n.)



## PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA



SEÑORES: Pocas palabras preliminares para agradecer a mi amigo don Francisco Ruipérez las suyas cordialísimas acerca de mi modesta labor literaria que he dividido, por igual, desde hace diez años, entre Castilla y Cataluña, procurando llevar al mar las sugerencias, las pobres sugerencias del llano y queriendo traer a estas llanuras, que se espejan en el cielo, los riquísimos latidos de una raza fuerte y vigorosa que se mira en las aguas tersas y azules del Mediterráneo. Agradezco al señor Ruipérez sus palabras porque son reveladoras de un viejo afecto y me traen el eco de aquellos días juveniles y universitarios de la pasada mocedad, en que las ideas brotaban audaces de nuestros cerebros, y porque me recuerdan también coincidencias más recientes de nuestros dos espíritus, anhelosos de lucha, en horas bien tristes para esta España nuestra y para esta pobre Castilla nuestra, que necesita el barreno y la dinamita de la inquietud, a ver si se desprende de esta costra berroqueña, donde asientan sus palacios los caciques y sus guaridas las cornejas.

Estamos en un momento de inquietud, señores; que no en balde han dado su vida nueve millones de hombres en los campos de batalla para que no tengan el derecho de preguntarse si el Mundo ha de continuar por los viejos y gastados railes de sus antiguas culpas y pecados. La hora está llena de plenitud y de peligros, y a la vez, de amorosas afirmaciones y de gallardías fecundas. Apenas firmado el armisticio, en esta misma España nuestra neutralista a ultranza, egoísta y perezosa, el eco de la angustia y de la desazón invade el subsuelo

de las conciencias y de los espíritus. Y como Cataluña, al lado de Francia, vibrando con Francia, ha sentido con ella toda la emoción trágica de estos cuatro años, y como Castilla ha asistido a esta lucha cual si presenciara una riña de gallos o una faena de diestros favoritos, comienza a sentirse en España la pugna de dos ideologías que se rechazan recíprocamente. El mar simboliza la innovación, y la llanura se dispone a la resistencia. El litoral, que es el órgano de relación de nuestro pueblo, los brazos y los pies de un cuerpo paralítico, pide movimiento y soltura al tronco, que parece vivir a gusto en el lecho que le han labrado cuatro siglos de inhibición forzosa. Frente a lo que Cambó llama el hecho biológico de la personalidad catalana—hecho biológico, que, naturalmente, y por efecto de su propia vida, camina, en sucesivas evoluciones, al desarrollo de su plenitud—están la resistencia, la reacción, el aquietamiento de Castilla, que no se ha preguntado nunca sus propias finalidades colectivas y que está detentada y escamoteada por movimientos y poderes extraños a su personalidad histórica. No es otro el problema que se debate en estos momentos. Para orientarnos en él, para ver claro y sin pasión en él, para fijar en él una actitud y una postura, conviene que establezcamos, en un parangón exacto, la fisonomía espiritual de las dos fuerzas en pugna. Si en ellas hay una semejanza, un rasgo común, que las permita encontrarse y fundirse, la antítesis puede trocarse en armonía y en colaboración mutua la lucha. Si, por el contrario, los dos elementos adversos son naturalmente irreductibles, la lucha se enconará más cada día, hasta que se resuelva fatalmente en la hegemonía del más fuerte y en el sometimiento del más flojo al vencedor. Así, el análisis que hagamos ahora de estas dos fuerzas, Castilla y Cataluña, no como se dice que son por los confusionarios de ambos bandos, si no como son realmente en la vida y en la historia, nos dará, no una solución al problema, que la vida es harto más compleja que las previsiones humanas, pero sí una orientación modesta y una visión tranquila en torno al mismo, y sobre todo, una excelente buena voluntad para que todos, castellanos y catalanes, colaboremos juntos en la obra de una España mejor que no nos avergüence, sino que nos redima de nuestras propias equivocaciones.

¿No os habéis preguntado nunca, queridos amigos míos, aquí, en la paz casera de nuestros encinares, aquí en la discreta mumuración de nuestros casinos, aquí, a lo largo de estas tierras paniegas azotadas por el cierzo, heladas por la escarcha y calcinadas por el sol, no os habéis preguntado nunca qué es, qué significa, qué representa para la vida española, y más todavía, para la vida universal, esta ancha meseta de nuestras provincias, con sus hombres resignados, sus aldeas como aduares, sus villas amodorradas y sus ciudades, impasibles y ceñudas como sus hidaldos perezosos e insensibles?

¿No os habéis preguntado por el alma que acusan los rasgos de esta llanada inmensa encarada con el cielo en toda su plenitud, por el espíritu de estos barbechos amarillos, por la color de estos aldeanos que a tierra huelen y a tierra saben, por la ideología de estos señoritos perezosos y botarates, por la melancolía de estas mujerucas que piden resignación a unos cristos macilentos y tristes, por esta dejadez, y este silencio, y esta tragedia, de la meseta?

¿No os habéis estremecido de este silencio de muerte que ahoga todo grito de entusiasmo y de mocedad? ¿No os da la impresión la meseta de un desierto poblado de sordos y de ciegos? ¿No os habéis preguntado nunca para qué sirve el grano que cosecha el campesino, el voto que otorgamos al señorito que dice que nos representa en las Cortes, la confianza que depositamos en el vecino que llevamos al Concejo? ¿No os habéis parado a considerar, después de una ilusión rota, de un desengaño que ha interrumpido el ritmo de vuestro corazón por algún tiempo, a la luz de sangre de un crepúsculo de la llanura que concierta con la puesta del sol en vuestro espíritu, qué es, qué significa, qué representa, para vosotros y para los demás, esta adorada tierra de Castilla?

Si le preguntamos eso a la historia, la historia nos contesta con una mueca amarga y con un expresivo encogimiento de hombros. La historia nos dice que nos colonizó Roma, y que echamos del suelo a nuestros colonizadores, y que creamos una Monarquía indígena, visigoda, que vivió para la pelea por

el afán necesario, por la necesidad absoluta de crearse un territorio donde se pudiera asentar. España tarda muchos siglos en ser España. Desde Cangas de Onís, desde Oviedo, por etapas sucesivas y lentísimas, vamos avanzando en nuestra propia casa hasta Toledo, hasta Sevilla, hasta Córdoba, hasta Santa Fe y hasta Granada. Una obra pesada, terrible, de ensanchamiento, de reconstitución territorial, nos consume por entero. No tenemos un minuto de recogimiento porque los necesitamos todos para la acción. Castilla, tierra de los Castillos, amanece a la vida con sus condados independientes; sus ciudades tienen que defenderse a la vez de las rapiñas de los magnates y de la codicia de los reyes; nace naturalmente democrática nuestra Castilla porque nace libre, y es, en su estructura primaria, una federación de Concejos libres e independientes que se va trocando, poco a poco, en un reino, esto es, en una cosa patrimonial, que se hereda, se compra, se vende, se regala, se usufructúa y se permuta. Pero los primeros balbuceos de nuestra Castilla no son para cantar a un Rey, sino para loar a un vasallo. Pero Abad, el juglar desconocido que en la soledad de un monasterio canta el ímpetu y la pujanza de una raza fuerte de campesinos, se lamenta de que un tan buen vasallo como Rodrigo Díaz de Vivar, el Mio Cid, sirva a un Rey tan ingrato, tan desleal y tan olvidadizo. Y nuestros romances leoneses, los más viejos, los de «Çamora, la bien cercada», los de «Orillas del Duero arriba», expresan el mismo sentimiento de recelo y de hostilidad al príncipe, para simbolizar en Doña Urraca,—enamorada cuando muchacha del gallardo Rodrigo, ya casado con Jimena—, la libertad, o si quereis decirlo con una palabra actual, la autonomía de nuestras ciudades. Castilla, esa Castilla que se va ensanchando delante del caballo del Cid territorialmente, se va enriqueciendo también de caudal espiritual, de conquistas democráticas, de derechos gremiales y corporativos, de fueros y de privilegios, a medida que sirve a sus Príncipes. De igual a igual los trata, con llaneza no exenta de señorío, con humildad sospechosa que, lejos de disimular, subraya el pacto que con ellos ha hecho tan espontánea como libremente. Si una ciudad sirve al Rey contra el moro, o contra el aragonés, o contra un díscolo señor firme en su castillo roquero, el Rey tiene que

pagar a la ciudad el sacrificio, indemnizándola con exenciones de tributos, o con honores a sus Concejos, o con concesiones a sus mercados. Y así conviven los dos poderes, el monárquico, más simbólico que fuerte, y el concejil.

Castilla y en seguida León, que con ella se funde políticamente a todo escape, se hace fuerte en sus Cortes. Y con las Cortes tiene que contar el rey cuando quiere dineros, y en esto de la concesión de los dineros, los pueblos hilan muy delgado y hablan muy fuerte, cuando la pretensión pasa de la raya. Y Castilla es rica, riquísima, a la sombra de su libertad. Sus merinas son las más codiciadas de Europa. Y tiene fábricas de algodón, de seda, de alfombras, de cueros, con una democracia artesana y agremiada que campa por sus respetos. La fusión arábica, la cultura arábica, estimula y perfecciona su producción. Y los montes públicos, y los prados de concejo, y los bienes de propios, y la municipalización de servicios, convierten la agricultura en el más pingüe de los oficios. ¡Ventajas de la federación democrática! ¡Organización admirable de aquel sistema político, de aquellas Cortes—de las que dice Macías Picavea—que, todavía, en nombre de los grandes intereses nacionales, intervenían el poder que al Rey quedaba, fuera de los señoríos, fueros, behetrías y municipalidades libres.

Con el Renacimiento que llega a Castilla con Isabel y que influye sobre Castilla a través del aragonés Fernando, se acaba la conquista territorial. Y entonces Castilla se derrama fuera. La aventura de las Américas nos despuebla; el gesto de Colón nos aturde y nos despista. Y el matrimonio de la Reina con Fernando que nos trae Aragón, y el Condado de Cataluña, y compromisos de familia sobre Nápoles primero, y sobre las ciudades italianas, después, convierten ya a los pueblos todos hispánicos, a España que ya es una realidad y no una aspiración, en la potencia militar más poderosa y temida de Europa, en los albores del siglo xvi. Pero Castilla es el centro natural, el tronco, la raíz, el suelo y hasta el subsuelo del nuevo pueblo militar y expansivo.

Los Reyes Católicos no pueden—yo creo que quieren, pero no pueden—debilitar las autonomías regionales y municipales, porque la soldadura nacional es muy reciente y hay que rematarla con cesiones y zalemas mútuas. Castilla, por su posición geo-



gráfica, lejos del mar y lejos de los extremos, es ya el corazón de España. En el matrimonio del aragonés y de la castellana, la castellana, más cauta, más lista y mejor situada, anula al marido, acaso porque Fernando comprende que la administración de los bienes de Isabel ha de producir mayores rendimientos que su patrimonio. Y como la unidad nacional supone un quebrantamiento de los magnates y la rápida decadencia de estos, Fernando tiene que halagar a las ciudades para luchar contra ellos y asentar con la ayuda de éstas los cimientos de su trono. Así, Castilla gana por necesidades del contrapeso, y aumenta su influencia en el reinado.

Pero la curva del descenso se inicia al morir Isabel en Medina, y sobre todo, al fallecer su hija Juana, en tierras de Tordesillas, cara al Duero, mirando a Portugal. Con la ascensión al trono del Emperador, Castilla ha de ser la primera víctima de la dinastía extranjera. La decoración cambia rápidamente. Apenas llega el alemán a las Castillas, reúne a las Cortes, ¿sabéis para qué? Para que le paguen los gastos de la coronación imperial, para que le enjугuen sus deudas personales, para que vivan, a cuenta del sudor de los Concejos, las pandillas de bandoleros, que, con Xebrés a la cabeza trae Carlos a las Españas para sostener los caprichos de las opulentas rubias flamencas que llenan de bastarditos a los ociosos cortesanos. Y ese dinero se lo pide a Castilla, el Rey, con apremios, positivamente, como un Czar de hogaño en un *ukase* o un Kaiser de opereta en una proclama fanfarrona y hueca. En 1520—Cortes de la Coruña y de Santiago—penetra la germanofilia en Castilla; ¡ya veis si nuestros admiradores de *Armando Guerra* cuentan con una larga tradición castiza, aunque ellos, que no saben nada de nada, no lo sepan!

Penetra la germanofilia, señores y amigos míos, o lo que es igual, la monarquía patrimonial, los reyes de derecho divino, las empresas de exterminio de lo ajeno y de acrecentamiento de lo propio, los poderes irresponsables y arbitrarios, el desprecio a los pueblos que son simplemente cosas, el reto a la opinión pública, el aniquilamiento de las fuerzas representativas y corporativas, el agarrotamiento de las libertades y de las iniciativas fecundas.

Castilla se defiende con las Comunidades y con la Junta



Santa, funda sus hermandades, *mancomuna*—nunca mejor empleada esta palabra que aquí—*mancomuna* sus Concejos y sus gremios, se apresta a la defensa, Bravo monta a caballo, Maldonado grita en Salamanca contra el flamenco, Juan Padilla levanta en Toledo hasta las piedras contra el alemán. Pero viene Villalar, y se levanta la horca, y mueren como cristianos los que supieron pelear como caballeros. ¡Y aquí yace Castilla, a manos del alemán! Y—escribe Macías Picavea (1)—«llegó a España el teutón Carlos V, copó la nación, la encadenó a Alemania, y desde aquel día nefasto, ¡adios municipios republicanos, regiones libres, gremios democráticos, ciudades industriales, campos prósperos, burguesía inteligente y rica, Justicia de Aragón y Consejo de Castilla, Cortes venerandas, Milicias nacionales, reivindicaciones de la España tangitana, empresas pura y castizamente españolas! ¡Adios, nacionalidad! ¡Adios, tradición! ¡Adios, progreso! todo aquello que era nuestra médula y nuestra alma, se apagó prontamente. Y desde entonces todo fué también boca abajo, de cabeza hacia el abismo».

No se equivoca Macías Picavea, en efecto, porque la tiranía no se detiene jamás, y lo que hizo con nosotros Carlos, hizo Felipe II con Aragón valiéndose de los sometidos castellanos, y Felipe IV, el amante de la Calderona, el libertino, idiota y catolicísimo, con las libertades catalanas. Pero nosotros, los castellanos, que fuimos los primeramente sometidos a las brutalidades de un poder unitario manejado por los Austrias, éramos—¡terrible y mentirosa paradoja!—los opresores a los ojos de los demás pueblos, que no podían advertir, en los momentos en que se les atenazaba, que Castilla, metiendo el enemigo en casa, había dejado de ser lo que era y que la derrota de su ideal le llevaba forzosamente a la comisión de los más terribles desafueros. Castilla—y esta es la lección que debo recoger aquí—no tiene ya nada que ver con lo que posteriormente se llama sentido castellano. En el siglo XVI perece. Disipada su personalidad se convierte en un instrumento en manos de sus oligarcas. Un rey, forastero, trájola el sometimiento, la intervención de un pueblo extraño, la esclavitud. Y

(1) Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional*.—Madrid, Suárez, 1919.—Páginas 324-25.

culpar a Castilla de sus propias desgracias es exactamente lo mismo que si hoy hiciéramos a Bélgica responsable de los desastrosos alemanes o a Servia de los crímenes austriacos (1).

Porque todo lo que viene detrás de Carlos, los Felipes, los Borbones, y en nuestros días, el desprendimiento colonial, no es un error castellano, sino el fruto final y la consecuencia última de una política extranjera que empezó sometiendo a Castilla. Lo que ocurre es que el virus de la germanía naturalmente se infiltra con preferencia en los organismos pobres y heterónomos. Y Castilla es el caso típico de esta injusticia histórica.

Lo que es, lo que significa, lo que representa Castilla nos lo dice elocuentemente su propia vida. Veamos ahora qué aportaciones políticas nos ofrece el examen de Cataluña.

#### LA SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DE CATALUÑA

Yo, señores y amigos de Peñaranda de Bracamonte, conozco Cataluña, es más, he vivido también en Cataluña. He visto sus ciudades, entiendo su lengua, he oído la canción de su mar, he convivido con sus gentes, he oreado mis pulmones con la resina de sus pinares y me he saturado de lo infinito en las cumbres de los Pirineos y sobre los picachos, que parecen monjes encapuchados rezando una plegaria, de su divino, rudo y tonificante Montserrat. Además llevo sangre catalana en las venas, la materna, sangre de payeses de los valles del Priorato, en Tarragona. Y sangre liberal catalana, por más señas. Mi abuelo materno era de una vieja familia liberal. Acaso, por eso, en mi espíritu, no se dan de cachetes el Himno de Riego, de procedencia paterna y castellana, con *Els segadors*, su «*bon cop de falç*» su buen golpe de hoz, la furia y la venganza del sagra-

---

(1) Al corregir las pruebas, leo la reseña del mitin de los estudiantes barceloneses en pro de la autonomía (*La Publicidad, La Lucha y La Veu de Catalunya* del 17 de Enero de 1919). Todos los jóvenes oradores hablan de la opresión castellana, de la hegemonía castellana, de la tiranía castellana. Esas frases son tan vagas y a la larga tan injustas como las equivalentes de nuestros *castellanistas* (1) cuando confunden la actitud de Cataluña con el espíritu de la Lliga y hasta el espíritu de ésta con una *boutade* cualquiera de un señor innominado.

do himno, su deseo de cortar con las hoces afiladas y brillantes lo parasitario y lo inútil, se me antoja el mejor remedio por lo expeditivo—no se olvide que hay una justicia catalana—contra nuestros caciques y tiranos que entonan la *Marcha de Cádiz* o la *Marcha Real*, tanto monta, para corromper el sufragio o para firmar una escritura con pacto de retro.

Yo conozco Cataluña, os digo; ¡hermosa tierra la catalana, en verdad, amigos míos! El mar la breza con sus cantos de cuna, la montaña la recorta y la tonifica. Yo quisiera que me acompañáseis por un momento en una excursión ideal, por la áspera y noble tierra. He aquí Barcelona—recordad las palabras del *Quijote* y de las *Dos doncellas*, de Cervantes—tendida a los pies del Tibidabo y del Montjuich; el aire es claro, el ambiente luminoso y sedante y la tierra—apunta Cervantes con una palabra que vale por toda una descripción—y la tierra jocunda, esto es, alegre, como paraíso habitado por hombres que trabajan y ríen. He aquí Tarragona con sus piedras rojas y sus huellas romanas, transparente, diáfana, limpia, matrona que se asoma al mar sobre el balcón de sus Ramblas. He aquí Vich, ya en la montaña, grave y episcopal, con payeses de perfil duro y muchachitas, *noyas* sonrientes y tímidas, henchidas de hermosura y de discreción, de *seny*. He aquí la única blanca de Sitges, mojando sus pies de nieve en el mar, cándida y risueña, como una doncellita griega. He aquí Villafranca, con los manchones cárdenos de sus viñedos, y sus casonas labradoras anchas, y sus masías repletas y opulentas. He aquí Gerona, ceñuda y hosca, vieja, grietosa y gris. He aquí Tortosa, con su vieja tradición republicana, y Figueras y La Bisbal cuna de sus federales, y Manresa, y Tarrasa, y Villanueva con sus fábricas y sus humos que se disipan lentamente bajo el cielo azul, y los campanarios románicos de sus aldeas, y las playas campesinas donde anida el silencio, y el eterno murmullo del mar de Italia, del mar de Grecia, del *mare nostrum*, que dió elegancia y ritmo, nobleza y majestad, a los pueblos latinos que besa a todas horas, infundiéndoles gracia y movimiento e inquietud.

¡Hermosa Cataluña; y qué lejos vives, hermana mía, de los sufrimientos del llano, de los barbechos amarillos, del campo-santo de esa *ampla Castella* que no estimas porque no conoces, del usurero con pico de aguilucho, del ferrón apelmazado

y duro que está cansado de parir, de la tragedia del fisco, del dolor del emigrante, de la tristeza de una religión que no sonríe, de los hipos convulsivos de una resignación que no espera, de la abulia de una raza esquilada, estéril, buena, desgraciada y pobre! ¿Por qué no te preguntas tú ahora, Castilla mía, cuando los cimientos de las cosas crujen, cuando alborea una mañana limpia de eterna mocedad, qué es, qué representa, qué significa, frente a tí, esa Cataluña que no te echa los brazos, porque tú, ceñuda y callada, no la dices todo tu dolor y esquivas las confidencias?

La historia de Cataluña es toda la historia del mar. Condado independiente primero, presea la más rica de la Corona aragonesa luego, sometida al centro en el siglo xv, escribe su vida lejos, en playas remotas, negociando con turcos y con griegos, con el señorío de Venecia y con Toscana, con las repúblicas italianas de Pisa y de Génova. Os hago la justicia de suponeros enterados de su historia gloriosa, para deducir de sus efemérides más conocidas—su participación en las Cruzadas, su dominio en Nápoles, su influencia en Roma a través de los Borgia valencianos y catalanes, su Consulado del Mar—que es el órgano de relación de España con los demás pueblos, los pulmones del organismo nacional que insuflan en éste corrientes de aire forasteras, el vehículo obligado de transmisión de las ideas y de las emociones de otros pueblos.

Voces que nos parecen castellanísimas, cantos que parecen moldeados en el llano—Fernando de Rojas, Garcilaso, Fray Luis, Cervantes—, no se explican sino a través del mar. La cultura de la Edad Media nos viene a través de Cataluña. La corriente italiana de los glosadores y de los poetas, de los noveladores y de los eruditos, pasa siempre por el Mediterráneo o por los Pirineos. Cataluña que para ganarse el sustento tiene que navegar como las ciudades anseáticas, al recogerse de nuevo en su casa payral, incorpora ya a sus costumbres, hasta sin darse cuenta de ello, las preocupaciones de sus vecinos y de sus consocios. Gracias a Cataluña, al mar de Cataluña, España no se asfixia en la meseta, porque la cultura es al espíritu lo mismo que el aire renovado para el cuerpo.

Incorporada al centro, Cataluña defiende afanosamente, lo

mismo que Castilla, su personalidad y su carácter. El descubrimiento de América, la ocupa y la remoja. Nuestras empresas imperialistas en Italia la distraen. Y cuando los Austrias del balduque y del expedienteo, del Santo Oficio y de la expulsión de los moriscos, liquidan sus últimas vergüenzas bajo la mirada imbecil y la barbilla saliente de aquel Carlos el Cretino o el Hechizado, sobre Cataluña pesa también la mano férrea de la Monarquía unitaria. Ya se alza contra Felipe IV abiertamente, pero Felipe V «tretze voltes rei i lladre», concluye con sus libertades como Carlos I con las nuestras. Y Cataluña, ahogada, tiene aún vigor para resistir su protesta, siempre viva y pujante. Luego, encarrilada ya, escribe, cuando pelagra la independencia, su página de Gerona y de los somatenes del Bruch, y constantemente trata de despertar a los dormidos. Y en 1898...

#### OTRA FASE DEL SENTIMIENTO CATALÁN

En 1898, cuando yo tenía trece años y en el colegio de mi bachillerato voceaba yo también contra Maceo y los patriotas cubanos, si España no hubiera pasado por una época de imbecilidad aguda, se hubiera percatado de que la política de cuatro siglos, no solamente la había aniquilado, sino deshonrado y envilecido a los ojos de los demás pueblos. Perdimos las colonias entre cantos patrioteros y entre artículos idiotas de lacayos del régimen que ya subieron a Ministros como era natural. ¡Cómo se fijaron en mi espíritu aquellos trágicos recuerdos de mi infancia! Por la estación de Alba pasaban, repatriados ya, rebaños de campesinos tuberculosos y anémicos que nos pedían caldo, que nos pedían leche, que nos pedían piedad. Aun parece que estoy viendo la mirada triste y azul del pobre general Tovar, acusado de traidor, que se volvió loco al llegar a la Península, muriendo lamentablemente en un manicomio. Y aún oigo también las voces de nuestros patriotas del régimen, que para salvar a una Habsburgo, a la Regente, acabaron con la sangre de nuestros pobres muchachos y con los girones de nuestra pobre bandera.

Y entonces Cataluña acusó, acusó rudamente, con aspereza, con odio, con rabia, como acusarfa el hijo que viese viola-



da a su madre; entonces acusó Cataluña. ¿Qué era eso de la patria? Si la patria quería decir el régimen, ellos no eran patriotas ¿Qué era eso del filibusterismo? Si el filibustero simbolizaba el amor a la independencia, ellos eran filibusteros. ¡Abajo mentiras y tradiciones, absurdos y patrioterías que se confundían con la lealtad dinástica! ¡Abajo el centralismo que fabricaba en el Nervión barquitos de madera, y que no daba ranchos a los combatientes, y que reclutaba empleados ladrones con patente de corso! Y España... ¿pero España era eso, el interés creado, la irresponsabilidad, la inercia, la derrota, el periódico embustero, el ministro prevaricador, la tierra yerma, el soldado tuberculoso, el orador ignoro? Seamos sinceros. Sí, España era eso. Era eso y solamente eso. Eso había sido España con Carlos I, y con Felipe II, y con Felipe III, y con el IV, y con Carlos II, y con los Borbones todos! ¡Eso era con la Regencia! Y había que virar en redondo para evitar que eso fuera en lo sucesivo. Pero no se evitó.

¡Adeu, Espanya! solloza Maragal al ver desembarcar nuestros muchachos en el puerto de Barcelona: ¡adeu, Espanya! «Y que todos lo sepan: o ahora o nunca», grita en Valladolid el catedrático de geografía de su Instituto, Ricardo Macías Picavea. Y Costa, el gran Costa, el hombre que llora entonces por los españoles que no saben llorar, exclama, al contemplar nuestra pereza trágica: «En España no quedan más hombres que las mujeres». Y Unamuno, este querido don Miguel, vibra, con toda la reciedumbre de su coraje, desde Salamanca, buceando, a través de los místicos y de los dramaturgos, las fuentes vivas de nuestra perenne tradición castiza.

Yo quisiera que os diéseris cata de una verdad fundamental, a saber: la de que el catalanismo actual nació a la sombra de la derrota de la política centralista en 1898.

Adrede prescindo, al analizar este sentimiento, de las sucesivas fases por que ha atravesado este movimiento afectivo, durante un período de veinte años, hasta llegar a la hora de ahora. Nada me dicen para mi propósito los gritos separatistas del primer momento, el renacimiento literario catalán, la formación de la solidaridad, las Bases de Manresa, los libros de Prat y de Rovira y Virgili, las glosas de *Xenius*, las pastorales de Torras y Bages, las poesías de Verdaguer y de



Maragall. Solamente me importa recoger de estos hechos la afirmación de que dos guerras—la que acabó con el dominio colonial español y la que acaba de rematarse ahora con la derrota vergonzosa del imperialismo—han moldeado e inspirado un sentimiento anticentralista en Cataluña. También debo añadir de paso que, estudiada a la distancia de veinte años, nuestra catástrofe nacional, aparece con evidencia la triste verdad de que España—esa España oficial de los caciques—fué el verdugo, Cuba y Filipinas las víctimas, y los Estados Unidos los restauradores del Derecho ante el despotismo triunfante. Y ya no me resta más que recoger, porque flota en el ambiente, el hecho de que el catalanismo no es ya, aunque lo parezca, un sentimiento regional, sino una corriente universal que soplando sobre los Pirineos se ha refugiado en Cataluña para extenderse por España a través de todos los obstáculos tradicionales, y de todas las resistencias históricas, y de todos los intereses que ha creado una artificiosa unidad nacional. Y hémos aquí ante el momento presente. Dios no me despoje de mi sinceridad para enfocarlo.

#### LA EMOCIÓN DE LA HORA

Vivimos una edad—¡bendita sea!—en que los minutos son días, y los días años, y los meses siglos. Cada mañana, al despertar, nos trae el correo la noticia de un viejo Imperio que se ha hundido, de un Monarca que huye como un carterista, de unos obreros que escalan el poder, de una República que nace, de un pueblo que se desprende de una opresión secular con la ligereza de una corza y sin la menor efusión de sangre. El Mundo, señores, no es viejo; cada día está más remozado y más agil. Las bayonetas nada han podido contra las ideas; sobre los gases asfixiantes, están los radios de Wilson; sobre la neurastenia del ex Kaiser, las masas socialistas de Berlín; sobre los ultimatum de Austria, los yugo-eslavos que peleaban por el acceso al mar. Todo quiebra, y todo se derrumba, y los escombros caen alegremente ante la sonrisa serena de los hombres libres. La historia no pasa sobre los pueblos, inquietos ante lo futuro. Y los cantos de cuna se ríen de las marchas funerarias.

Y esta guerra—no lo olvidéis jamás—esta guerra acaba con el destierro—con la ejecución, tal vez—de un sucesor de Carlos V, y con la huida vergonzosa de un Habsburgo que mete en la maleta apresuradamente las joyas que pertenecen al patrimonio de su país, y con la glorificación del pueblo que libertó a Cuba, y con la exaltación de aquella burguesía francesa que llevó al cadalso a Luis XVI. Y la victoria es la condenación de la obra imperialista, y la conclusión de los artificios centralistas, y la liquidación—no lo olvidéis tampoco—de toda la historia española del sable, de la hoguera, de la deportación, de la rapiña, de la conquista, de la prevarización y de la inercia.

Cataluña, con el oído atento, se percata de la emoción de la hora y nos dice: «Hermanos de Aragón y de las Castillas, de Galicia y de Extremadura; nosotros somos soberanos porque somos hombres y ese monstruo de mil cabezas que se llama el centralismo detenta nuestra soberanía. Vivámos muy a gusto cuando nuestros pueblos se regían por sí mismos, cuando nuestros concejos dictaban sus disposiciones libérrimas, cuando los montes comunales calentaban los miembros ateridos de nuestros pobres, cuando vivíamos federados bajo las dulces cadenas de un pacto mutuo. Y comenzó el recelo cuando nos sujetaron a todos para crear otra cosa que no era ninguno de nosotros, sino un artificio que de la savia y el esfuerzo de todos nosotros se nutría. Vosotros veréis si no ha llegado el momento de cambiar de postura. Cada cual podemos llevar nuestra nota al concierto futuro: tú, Castilla, puedes llevar tu austeridad; tú, Galicia, tu dulzura; tú, Extremadura, tu riqueza insospechada hasta para tí misma; yo, Cataluña, mi sentido de ponderación y de dignidad. De un cuerpo muerto, podemos hacer brotar mil almas vivas. Yo estoy en el caso de recoger mi patrimonio porque sé regirme; vosotros, hermanos, debéis de prepararos también para imitarme, porque, creedme, el momento aprieta y la hora urge. La opresión mutua nos ha traído al borde del abismo. En vuestro nombre hablan todavía vuestros amos; yo, que ya me he sacudido de ellos, les niego el pan y el agua, como haréis vosotros cuando recobréis el sendero de vuestra ruta.

Gobernados y regidos por nosotros mismos, no queremos prescindir de un ideal nacional, sino de crearlo, porque en ver-



dad os digo que no ha nacido todavía para nosotros. España, para vosotros, mis hermanos, y para mí, es una cosa lejana: un Rey que va de caza; un fisco que nos acribilla; un cuartel que nos lleva los hijos; una Justicia que nos sale demasiado cara, demasiado lenta y demasiado poco justa; un Gobernador civil que nos irrita; un Concejo que no puede moverse sin el permiso de una sombra que obstruye sus movimientos; unas Diputaciones provinciales que nos aniquilan con sus contingentes; unos policías que cobran el barato; un Parlamento que vive a espaldas de la realidad; unos acaparadores protegidos por la Guardia civil; unas Universidades que incuban la pedantería a nuestros muchachos; unas Escuelas como cuadras sin sol y con mierda; todo eso es España. Y la queremos más cerca de nuestro corazón, la queremos más a nuestro lado, para que todos la infundamos nuestro propio espíritu... Mirad que la actual es patente de corso, bandera de desafueros y coto de desaprensivos. Enterremos ese cadáver para crear otra naciente, otra futura y gloriosa España, cuyos llantos y cuyos vajidos escuchemos silenciosamente, dentro de nuestras entrañas fecundas. Encerremos el vino rancio en copas nuevas, hermanos míos de las Españas, moriscos andaluces, suevos de Galicia, vascos de la montaña, romanos de las Castillas. Porque somos distintos, no nos repelimos sino que nos completamos. Bucead los tesoros en vuestras propias minas, vivid con ellos, sustituyamos esta España de trapos con otra de carne y hueso. Sea nuestra casa solariega, no campo de Agramante de hermanos mal avenidos, sino palenque de estímulo y de emulación recíprocos. Si no queremos perecer, seamos sinceros con nosotros mismos. Como nos gobiernan los peores, vamos a jubilarlos por los más aptos. Y cuando la mala hierba se imponga en los sembrados, *bon cop de falç*, amigos míos. No otra cosa quiero yo decir, cuando, angustiada, grito en catalán, voces que os traducen aviesamente los cultivadores del equívoco».

No ha dicho otra cosa, en puridad, Cataluña; yo os respondo honradamente de la traducción, porque leo sus periódicos, hojeo sus libros y sé cómo piensa buena parte de los directores de su movimiento. ¿Y qué ha respondido Castilla?

Pero hay dos Castillas: la viva y la muerta. La viva, la que mantiene la protesta, la que se entristece con su historia, la que quiere enterrar su leyenda dorada—esa leyenda dorada que inventó la Pardo Bazán y que suena lamentablemente a cobre con cardenillo—la Castilla viva oye el consejo de Cataluña por segunda vez, porque ya lo ha oído antes en su propio corazón. Pero esta Castilla viva que forman sus profesores y sus industriales, sus obreros y sus colonos, todos los que sienten cómo se ahoga su voz entre los arenales del desierto, apenas si dispone de fuerzas para hacerse escuchar. Frente a los profesores están los señoritos, letradetes de la ignorancia y profesionales del disparate, esos grotescos abogados de Castilla, pasto montaraz de nuestras Facultades de Derecho, germanófilos, viciosos y cazadores, embrutecidos por una lujuria senil y por el alejamiento sistemático del libro. Pero frente a los industriales, están los usurerillos, enemigos de la revisión, por lo que pueda tronar la honrada industria del tanto por ciento. Pero frente a los obreros, están esos seráficos cortadores del cupón, los tediosos jaleadores de este orden establecido que es la muerte también establecida y decretada. Pero frente a los colonos, están los absentistas de Madrid, los dueños de esos cotos extremeños y de estas dehesas castellanas, senadores por derecho propio, que utilizan la Cámara para escribir a la querida con papel de relieve y que la utilizan para deyectar en el hemicycle esas groserías de la chusma encañallada.

Y como los absentistas son los Senadores, y los Diputados a Cortes nuestros cortadores del cupón, y alcaldes y concejales los grotescos leguleyos que brotan como el cardo de estos eriales sin cultivo, no es extraño que el sentir de Castilla no se oiga, ni que sus voces de dolor se pierdan y se apaguen, ante el flato de esa elocuencia palabrera, ante la explosión de la maja-

dería y de la vulgaridad que en Madrid explotan y jalean los separatistas del régimen y los filibusteros y anarquistas, sistemáticos conculcadores de las leyes.

Y voy llegando insensiblemente al límite de mi trabajo, que es, que quiero que sea otro grito más de un español modesto y de un castellano castellanísimo, que tiene derecho a crearse un ideal castellano, porque toda su vida de publicista la ha consagrado a este sacerdocio de la inquietud. Yo no veo, yo no acierto a ver una contradicción irreductible, una hostilidad manifiesta, entre la corriente que llega de Cataluña y la que verdaderamente ha de resurgir del llano. Entre los dos pueblos, hay sí, una diferencia fundamental: Cataluña está ya capacitada para ejercer una influencia espiritual sobre España y para regirse con arreglo a un puro patrón de autonomía, cuanto más amplió, mejor; Castilla, amodorrada, dormida, narcotizada todavía por el veneno de su abulia desconsoladora, no tiene todavía más órgano verdadero de expresión que el de sus hombres conscientes, que son los menos. Y mientras este momento es para Cataluña el agosto y la cosecha de un grano en sazón, para Castilla es el principio de una vida nueva, revolucionaria quizás.

#### LA ACTITUD DE CASTILLA

Revolucionaria, digo, porque el regionalismo se ha hecho liberal y democrático. Y revolucionaria porque la política preliminar autonomista de Castilla ha de comenzar por la base, esto es, por la liberación del suelo, por la reincorporación de la tierra al hombre.

Nuestro regionalismo no puede ser todavía político y ciudadano; tiene que ser, ante todo y sobre todo, agrario y campesino.

En Castilla, un toro, una oveja, un galgo, un conejo, gozan de más derechos políticos y civiles que un campesino. Es una triste realidad con la que nos familiariza prontamente el más corto y modesto viaje por estas tierras. El Código civil anula por acá los privilegios constitucionales. El Ayuntamiento de Campocerrado desaparece para que paste una ganadería. Los

de Boada emigran para que vivan los conejos. Para que corran los galgos de los señoritos, acechando las huras de las liebres bajo las matas, no se roturan muchas, muchísimas hectáreas de tierra de labor.

Moraleja de Huebra, con sus casas derruidas, contempla cómo pastan sus toros indiferentes, con la testuz magnífica iluminada por el sol. Robliza de Cojos está desapareciendo ante el señorito del conforno que reduce por hambre a aquellos desgraciados, hasta que el pueblo se hunda y el coto se cierre. Al lado de mi casa, en Alba, he visto yo este verano cómo se defendían unos Concejos—los de Martinamor, Buenavista, Valdemierque y Terradillos—de la langosta que les llevaba el monte cercano de un ganadero flamante, que no rotura aquello, para que coman los toritos... ¡Siempre los toritos, huidos y flojos por lo demás en los circos, antes que los hombres! Los toritos que no son una industria que produzca dinero, sino una vanidad que cuesta muy cara a nuestros ganaderos, como me ha confesado uno de éstos en un minuto de sinceridad.

He aquí la primera estación de nuestro calvario. La reforma del Código civil, la modificación de la contextura de los arrendamientos, la conversión del contrato dominical en un contrato de sociedad, la intervención de los Concejos en los abusos y desafueros de la propiedad rústica. Y con un criterio franco y abiertamente socialista. Lo que hoy no demos de grado a los campesinos, ellos lo tomarán mañana violentamente y a la fuerza.

Y libertada la tierra, y mientras se liberta, y para libertarla de prisa, ¡a la autonomía municipal! Amplia, abierta, con concejos abiertos en las aldeas de pocos vecinos, con representaciones labradoras en todos, quemando antes, para celebrarla, esa selva de tomos del Alcubilla que los han paralizado y prosituído. Y la supresión radical de las Diputaciones provinciales por inútiles, por injustas y por rutinarias.

Y yo diría que, obrando sinceramente en la reforma del Código civil, y dejando a los pueblos que amolden la autonomía a las características locales, habría muy poco más que hacer. Porque la región no es un sentimiento en Castilla, como lo es en Cataluña. Nuestra Castilla que fué una república federal de concejos, un conjunto de ayuntamientos mancomunados para

finés concretos, no ha sentido nunca la necesidad de otras expresiones políticas—provincias, regiones—que se prestan, en pueblos de no muy fuerte sentido de ciudadanía, a corrientes de opresión, a la hegemonía de capitalidades parasitarias en perjuicio de la comunidad. Hay que tener en cuenta, además, que la capitalidad de Castilla era móvil y transitoria, la ciudad provisionalmente habitada por los monarcas, y que las Cortes castellanas se reunían, no en un sitio fijo, sino donde mejor cuadraba a los representantes de los estamentos.

Nuestro regionalismo, municipal, no exigirá la creación de nuevos órganos, sino la desaparición de muchas trabas actuales. Nuestro regionalismo será baratito, y si alejamos a los abogados de los comicios, será además, muy poco complicado. El antiguo Consejo de Castilla, aparte de sus facultades judiciales, no era más que un Tribunal administrativo que fallaba, en primera y única instancia, las diferencias de jurisdicción municipal.

Y concluyo ya, que harto he abusado de vuestra paciencia. He querido desbrozar de equívocos el camino, procurando sembrar la cordialidad donde otros sembraron a boleto el recelo y la inquietud. Estamos ante un problema que, si no le encauzamos a tiempo, él solo se desbordará, y arrasará los campos, y matará nuestra pereza de acobardados.

Castilla no ha hablado desde Burgos; los representantes de nuestras Diputaciones no han tenido nada que decir porque no representaban intereses materiales ni espirituales, sino la negación, la opresión y el encadenamiento de esos intereses. Castilla habla ahora desde Salamanca que ha sabido recoger en estos días gallardamente el espíritu de su comunero Maldonado; a través de esa juventud segoviana que se dispone a estudiar y a meditar los problemas de su comarca; por medio de la pluma brava y ruda de Oscar Pérez Solís; con la elocuencia cálida de Díaz Caneja, el ex diputado palentino, que nos pide una tea para quemar los archivos de las Comisiones provinciales; por la boca de nuestros muchachos salmantinos. Y sospecho que también habla por mi boca que no la ha pedido nada para dárselo todo. Y en el concierto que forman esas voces, no es difícil percibir el eco de una tragedia secular, de un escamoteo secular, de una ficción terrible, cuyos últimos

desmanes han sido liquidados por el Mariscal Foch, al que han sonreído, las cabezas, separadas del tronco, de Padilla en Toledo y de Casanova en Barcelona, y ante cuya espada han crujido de espanto los huesos de los Habsburgos, y de los Borbones, podridos en El Escorial, Dios quiera que para siempre, para siempre, para siempre!

HE DICHO.





Este ejemplar se vende en todas las  
librerías de España, al precio de  
**cincuenta céntimos**